

Jugar y divertirse
P. Silvio Marinelli Zucalli,
Director

El hombre inventa juegos y se divierte como ningún animal sabe hacerlo: el juego es una actividad profundamente humana. Manifestaciones artísticas (como tocar un instrumento, pintar) o literarias (como escribir poesía); sencillos entretenimientos (como ver la televisión) o pasatiempos (como coleccionar timbres postales o monedas); los deportes (como jugar fútbol) o, sencillamente, dar un paseo, leer, disfrutar un café en compañía, etcétera, son actividades que nos gustan, atraen y nos hacen divertirse.

Siempre, en todas las actividades de «diversión», se trata de distraerse, divertirse, disfrutar el gozo de vivir y realizarse a sí mismos. Por estas razones es así de importante. Realizamos nuestro ser «libres», no constreñidos por compromisos de trabajo o de índole doméstico o social. Nos «zafamos» de las tareas urgentes e improporcionales, y cultivamos en nosotros mismos, el gusto de vivir y de disfrutar viviendo.

A lo largo de la historia podemos ver diferentes actitudes hacia la diversión y todas las actividades lúdicas. Una primera postura es de «rechazo» a todo lo que es juego, diversión, relajación: se trataría de pérdida de tiempo, de seducción peligrosa, de falta de autocontrol. Otra corriente de pensamiento «tolera» las actividades (por lo menos algunas de ellas) de diversión como algo debido a la naturaleza «material» del ser humano (el alma –según estos filósofos– no necesita diversión). Hay una tercera postura, la de quienes reconocen la “importancia positiva” del juego y la diversión: el trabajo (manual o intelectual) cansa, crea tensiones y desgaste de energías; la diversión permite la recuperación de las energías y la recuperación del equilibrio psíquico y físico. Existe también una cuarta perspectiva, que se ha ido desarrollando en el último siglo: la «idealización» del juego y la diversión, como actividades «ideales», meta última de la existencia (el sueño de una vida sin trabajo, ocupaciones fijas, rutina, compromisos); una perspectiva que parece, más bien, una quimera que resta responsabilidad a la persona.

La dimensión lúdica, de la diversión y esparcimiento, es una de las dimensiones del ser humano, necesaria e imprescindible: ¿cómo podríamos vivir una vida plena sin gozar, divertirnos, ser serenos y relajados; libres, realizándonos en lo que nos gusta? Al mismo tiempo, el esparcimiento encuentra su belleza e importancia en un límite intrínseco: la vida no nos permite hacerlo por tiempo indeterminado, tiene sus compromisos y, por eso, valoramos más los momentos de paz y esparcimiento.

El equilibrio mente-cuerpo-afectos-relaciones no es fácil de alcanzar; muchas de las enfermedades o «malestares» de nuestro tiempo, tienen origen en la falta de este equilibrio, en el estrés de la vida moderna, en relaciones según los roles sociales y no según los afectos; en la falta de libertad. El esparcimiento y el juego permiten un «bienestar» que va más allá de la salud física, recuperando las dimensiones intelectivas, de relación, emocionales y espirituales. Desde la perspectiva cristiana, es anticipación de la vida futura. No por casualidad, místicos y teólogos han representado la vida eterna con las imágenes de la danza, la fiesta, el banquete, el juego relajado de los niños. El juego y la diversión son anticipación de aquel Reino de la libertad y del gozo, de la serenidad y la felicidad que son anhelos enraizados en el corazón de todos: necesitamos –en algunos momentos de cada día– evadirnos de las reglas, las restricciones, los sufrimientos de la vida cotidiana, para penetrar en el mundo de la libertad y de la felicidad, sin cálculos económicos y despreocupados como niños confiados que «todo terminará bien».

Las fiestas de la Navidad que se acercan podrían ser una oportunidad para averiguar estas sugerencias y vivir «en plenitud» la libertad de jugar y divertirse.